



Polis, Revista de la Universidad Bolivariana

ISSN: 0717-6554

antonio.elizalde@gmail.com

Universidad de Los Lagos

Chile

Montealegre Iturra, Jorge

Archipiélagos virtuales: Internet y registros de memorias en la sociedad líquida

Polis, Revista de la Universidad Bolivariana, vol. 11, núm. 32, 2012

Universidad de Los Lagos

Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=30524549019>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Archipiélagos virtuales: Internet y registros de memorias en la sociedad líquida

Jorge Montealegre Iturra

Universidad de Santiago de Chile, Santiago, Chile. Email: jorge.montealegre@usach.cl

Resumen: La grabación con teléfonos móviles de las masivas movilizaciones estudiantiles del año 2011 y del terremoto-tsunami del 27 de febrero de 2010 en Chile, y la divulgación de estos acontecimientos por Internet - especialmente a través de imágenes de YouTube-, permite la reflexión sobre la incorporación de las Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (TICs) a los procesos de registro de memorias. En este caso se toma como referencia el imaginario “marino” de la navegación en el ciberespacio, con los respectivos campos semánticos que ofrece la metáfora de una “sociedad líquida”. En este contexto se aborda la utilización del patrimonio digital -el acervo virtual y universal de imágenes- como fuente de memorias y de vestigios históricos: mensajes aislados, registrados por individuos y colectivos, que componen un archipiélago de culturas.

Palabras clave: nativos digitales, memoria, sociedad líquida, imaginario

Virtual Archipelagos: Internet and memory records in the liquid society

Abstract: The filming with mobile phones of mass student demonstrations in 2011 and of the earthquake-tsunami that struck Chile on the 27th of February 2010, followed by the release on internet of these images and information— especially the videos posted on YouTube—allows us a unique opportunity to think upon the incorporation of the TICs into the process of recording memories. In this case, the reference to a “sailor” navigating the cyberspace aligns itself with respect to the semantic fields offered by the metaphor of a “liquid society”. In this context, we are addressing the use of a digital heritage—the virtual community and universal sharing of images—as a catalogue of both memories and pieces of history: isolated messages, composed by both individuals and the collective that, together, form an archipelago of cultures.

Key words: digital natives, collective memory, liquid society, imagery

Arquipélagos Virtual: A Internet e seus arquivos de memórias na sociedade líquida

Resumo: A filmagem em telefones celulares das manifestações em massa dos estudantes em 2011 e a gravação do terremoto-tsunami que atingiu o Chile no dia 27 de fevereiro de 2010, seguido do lançamento na internet das imagens e informações, especialmente os vídeos postados no YouTube, permite-nos uma oportunidade única de reflexão sobre a incorporação das TICs no processo de gravação das memórias. Neste caso, a referência a um “marinheiro” navega o ciberespaço se alinha com relação aos campos semânticos oferecidos pela metáfora de uma “sociedade líquida”. Neste contexto, estamos abordando o uso de uma partilha de herança, -a comunidade virtual e universal digital de imagens-, como um catálogo das memórias e pedaços de história: mensagens isoladas, compostas por os indivíduos eo coletivo, que juntos formam um arquipélago de culturas.

Palavras-chave: nativos digitais, memória colectiva, sociedade líquida, imagens

* * *

Maremotos y marchas estudiantiles en la era de YouTube

En la madrugada del 27 de febrero del año 2010 un terremoto y un tsunami, despertó a Chile. El 30 de junio del año 2011, una manifestación de 300 mil personas en apoyo al movimiento estudiantil, señaló otro tipo de despertar en el país. Ambas convulsiones, el desastre natural y la manifestación social, rompieron la normalidad de su momento imponiendo –ya por sentido común- la necesidad de su registro en imágenes. Nunca antes en Chile se había dado la posibilidad de un registro plural, tan inmediato y con tanta diversidad de enfoques, de acontecimientos que podrían calificarse -desde sus distintas irrupciones- como históricos. Nunca antes los sujetos –testigos y actores- habían contado naturalmente, como una extensión de sus cuerpos, con una cámara fotográfica –un teléfono celular- para recoger un acontecimiento que merecía ser divulgado ampliamente más allá del lugar de los hechos y en una admirable sincronía.

Ambos acontecimientos –que llamaremos “terremoto-tsunami” y “la marcha estudiantil”-, con las grandes diferencias que los distinguen y justamente por ello, son ejemplos pertinentes para ilustrar un fenómeno que constituye una inflexión cultural en la nueva cotidianidad que socialmente estamos construyendo.

Relampagueos

Dichato es un pequeño pueblo costero que fue azotado por el terremoto y el tsunami del 27 de febrero de 2010¹. En la oscuridad, entre llantos y huidas, se ven los “relampagueos de los teléfonos celulares” (Weitzel, 2011: 15). Luego, con luz de día, alguien -testigo y sobreviviente- capturó con su móvil la imagen de una embarcación que una ola gigantesca instaló en medio de la plaza del pueblo. Una imagen memorable que connota, junto a la magnitud de la tragedia, el sentido de oportunidad del registro y de su divulgación, así como el hallazgo de una situación alucinante que bien puede ilustrar una noticia o derivar en una obra de arte.² Otras personas captaron la misma escena y compartieron diversos aspectos de la urgencia, desde ángulos distintos y con diferentes calidades técnicas y estéticas.

Por su parte, en la marcha estudiantil prima, en lugar de la urgencia trágica, el tono político-carnavalesco en su ritmo e imágenes. La gente, los carteles, los disfraces. Que también hay que compartir. Además está la represión policial y los **encapuchados** que se desgajan de la mayoría y protagonizan hechos de violencias contradictorios con la convocatoria. En el lugar cada manifestante es un potencial reportero de su propia marcha. Y resultaron millones de registros.

La intencionalidad de cada **cobertura** –en su connotación de reporteo– también varía, pero podemos hacer atribuciones pertinentes sobre las motivaciones del registro: en el caso de los damnificados es evidente la urgencia por informar a la familia lejana, reportar con intención periodística a la comunidad, dejar registro de los daños, las búsquedas, los rescates. La angustia. En el caso de la marcha, además de las grabaciones lúdicas y aquellas que demuestran la masividad, hay un uso escrutador de los nuevos medios para vigilar la actuación de las autoridades institucionales (ministros, alcaldes, políticos en general) y de vigilancia (desenmascaramiento de infiltrados, constatación de lesiones producto de la represión policial, etc.) con un propósito divulgador que compense los énfasis oficiales de las imágenes y ediciones construidas por los medios establecidos. Desde esta perspectiva, que ve en las TICs herramientas de expresión y autodefensa ciudadana, es comprensible la preocupación de que, a raíz de las movilizaciones estudiantiles, el gobierno haya propuesto una ley que, sintomáticamente, permitiría incautar estos registros.³ Quien pesquise los celulares, encontrará que hay irreverencia, intrepidez, banalidad y agudeza política en las miradas. El registro, puesto en la red, además cumple el propósito de retroalimentar a los movilizad^{os} para autoconvocarse a nuevas marchas u otras actividades y por consiguiente a otros registros y a seguir juntos gracias a esta “tecnosociabilidad” (Hopenhayn, 2011) aunque no todos estén de cuerpo presente, creando así el círculo virtuoso de las marchas estudiantiles: del océano virtual al mar humano real.

Recordemos que la tragedia de Dichato también tuvo, luego, expresiones de movilización social. En ambos casos –la captura de desastre y de las protestas- está presente la motivación de aprovechar la oportunidad –y el equipamiento– para grabar y comunicar algo excepcional, dejar testimonio de que se estuvo “en el lugar de los hechos”: grabar para recordar el acontecimiento vivido y recordarse en él.

Cada uno es un registro único entre cientos de registros únicos, que se potencian virtualmente constituyendo un patrimonio digital disperso al que, eventualmente, se puede acudir también con diversas intencionalidades sean éstas individualistas, comunitarias o institucionales: recordar, completar información, conectar situaciones, crear sinergias con imágenes de diverso origen, revisión de hechos con propósitos de hacer investigación, crónica, historias locales. En términos de mayor trascendencia, se trata de utilizar desde perspectivas diversas el mosaico virtual y universal de imágenes como fuente de memorias y de vestigios históricos. Dicho de otra manera: hay una apropiación, legitimada intersubjetivamente, de un acervo aparentemente disponible, que aparentemente no ocupa espacio y que aparentemente no tiene plazos de caducidad para su aprovechamiento o consumo. Por cierto, en nuestra sociedad no podemos descartar que cada registro –en la marea del exceso de información y la prefiguración de un caos babélico- devenga un elemento aparentemente residual y desechable: retazos de memorias y de olvidos.

Nativos digitales

Es relevante preguntarse por la intencionalidad del registro y la divulgación. La tragedia, obviamente, es accidental, sorpresiva; la marcha, en cambio, es convocada y planificada. En ambos casos el registro múltiple, hoy, es predecible. El azar interviene en el hecho de estar en el lugar (in)adecuado en el momento preciso del evento; sin embargo, tras la acción del registro hay una actitud intencional de quienes están familiarizados con las Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (TICs). El visionario Marshall McLuhan, quien ya en la segunda mitad del siglo pasado instalara el concepto de aldea global, también describió los medios de comunicación electrónicos como *extensiones* de la persona.

La extensión o prolongación del cuerpo en los aparatos transmisores llega a cumplirse de manera evidente con la incorporación masiva de la telefonía móvil contemporánea: *el celular*,⁴ con el modelo de Martin Cooper que empieza a utilizarse en 1983 y que luego evolucionará ininterrumpidamente hacia modelos más sofisticados -iPhone y otros- e impredecibles. En efecto, en el uso cotidiano el teléfono móvil ha pasado crecientemente de ser un soporte tecnológico a un instrumento-utensilio; es decir, una cosa que sirve para el uso manual y frecuente. Es una extensión del cuerpo, como lo es una cuchara o los anteojos:⁵ una “cuarta pantalla”,⁶ deambulante, que va donde su dueño la lleva.⁷

Una persona equipada “naturalmente” con TICs se enfrenta en su vida diaria y por azar a situaciones que estima dignas de ser grabadas y de compartir; más aún si éstas rompen excepcionalmente la normalidad o rutina cotidiana, como lo es un desastre natural⁸ o una manifestación multitudinaria.⁹ Registrar con el celular u otro instrumento se generaliza crecientemente; es un hábito en construcción, una práctica cultural que se va consolidando con sus propias reglas y creencias. “No es un hábito coyuntural” (Prensky, 2001). En este contexto, estimamos que en general las imágenes capturadas con instrumentos de las TICs –sean fotografías o videos, aficionados o profesionales– son propiamente **registros intencionados**; no guionados, pero previsibles como acción. En el plano de los contenidos no siempre hay “pauta” y lo inesperado es un asunto deseable ofrecido generalmente por la ocasión y el azar que permiten, por ejemplo, el hallazgo de lo dramático y lo cómico, lo patético y artístico, lo político y lo anodino.

Si en Chile se ha llegado a esta “naturalidad”, especialmente entre los jóvenes, es porque ya se ha recorrido un camino de familiarización con las TICs. Incorporarse en Chile a la revolución digital, a fines del siglo XX, fue sin duda una novedad reservada a una elite; minoría que disminuye en la medida que los niveles de accesibilidad aumentan.¹⁰ En ese proceso, los jóvenes que hoy son consumidores tecnológicos son los nativos digitales (Prensky, 2001) del siglo XXI: la llamada *Generación Millennials*, de nacidos(as) entre 1984 y 1995 cuyo desarrollo juvenil e ingreso como fuerza laboral coincide con la llegada del tercer milenio. En otras palabras: cuando nacieron, Internet ya estaba. Nacieron cuando ya existía la tecnología digital y han crecido asimilando naturalmente los nuevos lenguajes que llegaron con dicha revolución, con el concepto de la hiperconectividad incorporado a su vida cotidiana y, por consiguiente, son especialmente aptos para el manejo de redes y tecnología informática.

Están habituados al ámbito de las TICs desde que tienen memoria: son **naturales** de este nuevo mundo; que para ellos, obviamente, no es *nuevo*: nacieron en él. Así, ya en la juventud pueden convertirse en cronistas de *sus* realidades, apropiándose de la tecnología con la familiaridad y destreza de personas genuinamente nacidas en esta cultura digital que son capaces, según Prensky, de “crear los instrumentos que utilizan”. Cuando no son de su propia creación utilizan los que están a su alcance con toda propiedad, con naturalidad nativa, como si fueran una extensión de sus cuerpos: ya tienen, en expresión de Umberto Eco, “la mano informática” (Eco, 2010: 49); comportamiento diferente al de los inmigrantes digitales –nativos de una generación anterior, (semi)analfabeta respecto de las TICs- que deben/debemos aprender a funcionar con los nuevos lenguajes, creencias y deseos de la nueva cultura. La velocidad con la que la tecnología se renueva, sostiene Eco, nos obliga “a un ritmo insostenible de reorganización permanente de nuestras costumbres mentales” (Ibid: 45). Esta revolución, con las destrezas que exige y los cambios de hábitos que supone, evidencia un momento de evolución colectiva. Hay un relevo, considerando las distinciones cotidianas que expresan diferencias entre generaciones en una época en que las diferentes prácticas y costumbres pueden coexistir.

El interés público

En la construcción de este contexto, confiando en la persistencia de las voluntades, consignemos que institucionalmente nuestro país no ha eludido el desafío; participando, por ejemplo, en la Cumbre Mundial sobre la Sociedad de la Información que propicia garantizar que estos beneficios sean accesibles para todos, a partir del reconocimiento de la importancia de internet para el mundo “por su función de pasaporte para la participación equitativa y para el desarrollo económico, social y educativo”. Si conectamos estos compromisos con nuestros temas referidos a la construcción de patrimonio cultural, registro de memoria y el uso de nuevas fuentes documentales, es clave la explicitación del propósito suscrito en el nivel internacional de “crear, consultar, utilizar y compartir la información y el conocimiento”. No es poco. Cada objetivo manifiesta discursivamente un interés público -expresado por los estados- para que la ciudadanía (inter)actúe desde esta plataforma, con niveles de accesibilidad creciente, para instalar las TICs como extensiones de las comunidades y de las instituciones en un mundo globalizado.¹¹

Valga esto como antecedente relevante. No obstante, considerando las TICs también como extensiones de las personas, en cuanto individuos, no es en el nivel institucional –de los estados ni de los gobiernos- en el cual queremos establecer la vinculación de las TICs con la apropiación de lo cotidiano, la construcción de patrimonio cultural y la producción de memorias desde una emergente ciudadanía-nativa-digital. Por ello los registros realizados en Dichato y en las marchas estudiantiles son suficientemente simbólicos para abordar estos temas. Y adelantemos que la palabra abordar adquiere una fuerza especial en este contexto.

Círculos de agua y sociedad líquida

El terremoto-tsunami del 27 de febrero de 2010 es un episodio que tiene una carga simbólica relevante; un desastre natural, que sucede durante la conmemoración del Bicentenario de la Independencia de Chile y coincide también con el momento en que en el país se produce un cambio de gobierno y de coalición gobernante. Por otro lado, al estallido estudiantil lo precedía su propio ruido subterráneo anunciado por la “revolución pingüina” del año 2006. El cambio de gobierno es un hito político que libera una energía social-ciudadana que en cierto sentido estaba inhibida por los gobiernos de centroizquierda. Son hechos memorables por una diversidad de razones. Y están en la memoria.

Nuestra observación, entonces, se focaliza específicamente en las acciones de registro, almacenaje y publicación de videos realizados por jóvenes, referidos tanto al desastre natural como a la convulsión social. Y de ellos nos interesan especialmente aquellas imágenes que han sido “colgadas en la red” por productores independientes que registraron el instante de la tragedia o la manifestación y sus consecuencias inmediatamente posteriores. Imágenes compartidas en el ciberespacio. Desde ahí otras personas las han capturado con sus redes y a la vez las han reiterado en esta red de redes.

En una aproximación paulatina, imaginemos los distintos niveles de comunicación graficados en círculos concéntricos: desde la comunicación intrapersonal hacia la comunicación masiva, pasando por la grupal y colectiva. Desde lo íntimo hacia lo público. Puede ser útil para observar, esquemáticamente, los procesos de producción-difusión de los artefactos culturales que son compartidos en el espacio virtual por los cibernautas y, también, de los procesos virtuales de registro para las memorias. En el acercamiento inicial, nos podemos imaginar así la comunicación de los recuerdos, la construcción de la memoria, y el registro del entorno: aperturas de lo personal a lo colectivo, del entorno inmediato al escenario global, de las acciones privadas a las públicas; de la institucionalidad local a la internacional: un zoom. Pienso en los círculos concéntricos y en las ondas que forma el agua cuando lanzamos una piedra. Los círculos de agua se deshacen. Muy luego se diluyen en un océano que está en perpetuo movimiento, en un desplazamiento que rompe la linealidad y secuencialidad del esquema.

No es casual que hagamos referencia al océano y que éste ofrezca metáforas pertinentes. Tampoco es por azar que en la reflexión contemporánea se hable de que vivimos una modernidad líquida, un **tiempo líquido**,¹² como lo hace Zygmunt Bauman al describir una sociedad acuosa que se transforma constantemente

y transita, según el pensador polaco, de una modernidad “sólida” –estable, repetitiva– a una “líquida” –flexible, voluble– en la que las estructuras sociales ya no perduran el tiempo necesario para solidificarse, dejando de ser marcos de referencia para los actos humanos. La sociedad **moderna líquida**, enfatiza Bauman, “es aquella en que las condiciones de actuación de sus miembros cambian antes de que las formas de actuar se consoliden en unos hábitos y en una rutinas determinadas” (Bauman, 2007: 9). En otra arista, que refuerza esta imagen líquida e ilustra la rapidez de los cambios tecnológicos, Ignacio Ramonet advierte que “llegó la hora de la desmaterialización de los soportes”, refiriéndose a las nuevas plataformas que permiten una “lectura de flujo” de contenidos audiovisuales que no estarán disponibles en soportes físicos (Ramonet, 2011: 24).

El nuevo imaginario se nombra resignificando el lenguaje ya existente, que está en la memoria cultural. Se explica, en cierto sentido, gracias a las imágenes que evoca; el imaginario –escribe Rojas Mix– “hace de la figura un **texto que se mira**. En particular cuando las producciones visuales contienen una dimensión narrativa. Para leer este texto usamos la enciclopedia de nuestros conocimientos precedentes” (Rojas, 2006: 40). Así, para entender y explicar el espacio virtual se ha reinstalado el ancestral lenguaje marítimo, en cuanto universo simbólico compartido. Es habitual que recurramos a la metáfora de la **navegación** para referirnos al desplazamiento en el ciberespacio, ese ámbito virtual que permite interactuar con otros habitantes de este océano, sus producciones, e integrar en la memoria experiencias no vividas. Para **navegar** lo hacemos, obviamente, utilizando una aplicación a la que sin sorpresa le llamamos **navegador**. En esta línea, hay cierta connotación de aventura en las palabras **cibernauta** e **internauta**, que designan al navegante del ciberespacio y la internet evocando ciertamente a los míticos argonautas que navegaban en pos del vellocino de oro, guiándose por las estrellas (hoy, recurrimos a “la nube”). En el mismo campo semántico está la referencia a la “esfera ciclópea” con que Ignacio Ramonet ilustra la concentración de funciones de internet en el campo de las comunicaciones;¹³ la imagen remite otra vez al navegante mítico y su odisea. Este navegante es un explorador, que está descubriendo un **nuevo mundo** y que lo va nombrando de acuerdo al acervo cultural ya heredado. Para referirse a la nueva generación de periodistas que trabajan en las webs de noticias on line (“*freelance* superexplotados”) Ramonet los llama “galeotes de la información” (Ramonet, 2011: 34), recordando en esa imagen a los hombres que, en medio del océano, remaban en las galeras. Admitamos, prolongando la analogía, que los navegantes de hoy no le temen al abismo: ya saben que la Tierra es redonda y se desplazan en *su* ambiente intencionadamente y con impulsos perceptivos innatos. Casi lúdicamente, para dar cuenta de lo esencial de sus acciones, la nueva elite empresarial –“preferentemente global y extraterritorial” (Bauman, 2007: 55) – emplea entre sus metáforas la de “surfear”. Como en todo explorador, en su travesía coexisten la planificación -la claridad de objetivos- con los imprevistos del azar.

El cibernauta descubre y construye redes, es productor y consumidor de ellas: las teje (es un sujeto que contribuye a la construcción de su propio tejido social);¹⁴ y las utiliza con múltiples propósitos (por ejemplo, los/as ciber voluntarios/as “cuelgan en la red” su información, en una acción que constituye, tomando el concepto de Durkheim, un **hecho social**). También, obviamente, es un pescador que tiende redes con diversidad de intenciones, no siempre altruistas¹⁵. Por su parte, Bauman aplica esta metáfora para sintetizar su visión epocal en lo que él llama **tiempos líquidos**: “la ‘sociedad’ se ve y se trata como una ‘red’, en vez de como una ‘estructura’ (menos aún como una ‘totalidad sólida’: se percibe y se trata como una matriz de conexiones y desconexiones aleatorias y de un número esencialmente infinito de permutaciones posibles” (Bauman, 2008: 9).

Ante la inmensidad del océano este navegante también puede ser un náufrago que, puesto en una nueva cotidianidad, debe romper su literal aislamiento, lanzando sus mensajes al mar para llamar la atención sobre su existencia.

Así como la navegación está en el imaginario de la cultura digital, también lo está la isla. En el quehacer cotidiano es una metáfora que se vive y se reconoce. Efectivamente, en las continuas transformaciones de los procesos laborales en las oficinas se han producido cambios vinculados a las innovaciones tecnológicas y la indispensable incorporación de computadores; en ese contexto es significativo que se haya impuesto el uso de las llamadas “islas de trabajo”. Este mobiliario define claramente el espacio individual, pero -al mismo tiempo- es un espacio para reuniones. Es decir, el diseño de la **isla** contiene la ambivalencia, la coexistencia de las dos intenciones aparentemente opuestas: la soledad y la compañía, el espacio individual –en este caso para cumplir operativamente con las tareas- y el espacio colectivo -de

reunión- que pueda permitir la integración y la comunicación del personal. Pensemos, entonces, en la **isla de trabajo** como otro pliegue de la misma metáfora marina.

Sobre ella imaginemos al individuo literalmente aislado, solo en su isla, en medio del océano, pero con voluntad de comunicación. La isla de trabajo deviene un muelle virtual y privado desde donde el navegante simplemente debe zarpar y salir a conocer otras islas: el archipiélago. En nuestro imaginario, la extensión lógica de la analogía es la representación del naufrago. Un ser único, singular: un individuo, que ejerce el derecho a la singularidad de cada ser humano, que se estima a sí mismo, que se integra con independencia a las redes. Exponiendo sobre “Individualidad y globalización”, Alain Touraine sostiene que son “los individuos que tienen una buena *self estim*, los que cuentan con la mayor capacidad de integrarse en una comunidad” (Touraine, 2005: 267); agreguemos que el empoderamiento de los nativo-digitales **en y de** las TICs contribuye a este individualismo de nuevo tipo, que no deja de tener rasgos paradójicos, en la nueva sociedad de redes.

Campos semánticos y cotidianidad

La retórica marítima se repropone y se potencia. Dicho de otra manera: redes, navegación, isla, pesca, galeote, naufrago pertenecen al mismo campo semántico. Es decir, al grupo de palabras que están relacionadas por su significado. Al respecto, siguiendo la línea de reflexión de Berger y Luckmann, es clave la referencia a que dentro de los campos semánticos se posibilita “la objetivación, retención y acumulación de la experiencia biográfica e histórica”, aclarando que esta acumulación es selectiva, ya que “los campos semánticos determinan qué habrá que retener y que habrá que ‘olvidar’ de la experiencia total tanto del individuo como de la sociedad” (Berger y Luckmann, 1991: 58). En esa línea, tanto el terremoto-tsunami como la movilización estudiantil proponen sus propios campos semánticos que emparentan las imágenes registradas, las designa y ayuda a capturarlas en el ciberespacio (en YouTube, por ejemplo) contribuyendo a la ordenación de un relato. En este caso, la palabra es el descriptor que utilizamos en la búsqueda: la palabra, como las estrellas de antaño, guía la navegación aunque el contenido buscado esté compuesto esencialmente por imágenes.

Si al campo semántico de “terremoto-tsunami” pertenecieran las palabras “damnificado” y “solidaridad”, habría que suponer que cada una de ellas tiene una válvula que liberará flujos diversos de memoria, que fluirán con mayor o menor intensidad. Si al concepto base del campo semántico “terremoto Chile” se asociaran palabras de las zonas de catástrofe específicas (la palabra “Dichato”, por ejemplo) se acumularán desatando recuerdos de una fuente específica que formará un acopio social de conocimientos también más específico. Igualmente, en el campo semántico liderado por “marcha estudiantil” se podrán asociar otras palabras evocadoras y sugerentes (“encapuchados”, “confech”, otras). Así, el estímulo semántico que active la memoria –el descriptor, la palabra clave, con que buscamos en el ciberespacio- podría situarse en el nombre de un lugar, una sigla o una situación significativa de esta nueva cotidianidad construida en la emergencia y la movilización social.

Al describir superficialmente el quehacer del sujeto que registra y luego “cuelga en la red” –hombre o mujer- nos referimos habitualmente a que su acción es la captura de fragmentos de la cotidianidad que luego comparte. Sin embargo, la pulsión por detectar-enfocar-grabar-compartir supone el hallazgo de una excepcionalidad –muchas veces fugaz- que “merece” ser almacenada y recordada. Al menos desde el punto de vista de quien la captura: para esa persona, equipada tal vez con un teléfono celular, *su* fragmento de cotidianidad tiene algo de excepcional. Definiendo un conjunto de actividades como cotidianas, escribe Norbert Lechner, “estamos definiendo criterios de normalidad con los cuales percibimos y evaluamos lo anormal, es decir, lo nuevo y lo extraordinario, lo problemático” (Lechner, 1988: 57). En el caso de eventos de la magnitud de los mencionados, claramente marcan un antes y un después, tanto para las personas damnificadas como para el movimiento estudiantil. Un terremoto-tsunami plantea una situación límite, eventualmente traumática para las víctimas, que redobla la importancia del registro porque –en palabras de Pollak- “toda experiencia extrema es reveladora de los elementos constituyentes y de las condiciones de la experiencia ‘normal’, cuyo carácter familiar hace a menudo de pantalla de análisis” (Pollak, 2006:53). Las marchas estudiantiles –una, por ejemplo, congregó a trescientas mil personas- también marcan una inflexión extraordinaria al tratarse de un conflicto que se extendió al menos por ocho meses. De por sí la situación

límite, en su naturaleza extrema, es un acontecimiento colectivo y personal evidentemente memorable. A pesar de la excepcionalidad producida por el desastre natural y la movilización social, la situación inmediatamente posterior logra constituirse en una nueva normalidad que “ilumina”, por comparación, cómo era la anterior; adicionalmente, dentro de esta nueva normalidad es doble descubrir situaciones excepcionales que, por serlo, son meritorias de ser registradas para los testigos-periodistas (profesionales o aficionados, equipados por ejemplo con un teléfono celular).

La “normalidad normal” (en el caso de que existiera aquello) no atrapa la mirada y si lo hiciera el registro no necesariamente seduciría la mirada del espectador. Necesariamente, ante la inabarcable realidad total, en su registro y recordación habrá fragmentos preferidos y otros preteridos. Buscar la estabilidad y la certidumbre es una experiencia deseable e indispensable, pero son las imágenes sintomáticas de los riesgos que tiene una vida no predeterminada las que llaman la atención sobre la anormalidad acechante. Cuando la anormalidad se impone como una nueva normalidad las personas construyen una nueva cotidianidad y en ella estará su imaginario con sus excepciones, recuerdos y registros que nutren la memoria.

En la cotidianidad, obviamente, prima la llamada normalidad que generalmente no se registra; y así como no todo se registra, porque no es excepcional, tampoco todo es memorable; “solo lo que es objeto de atención será elaborado de manera que pueda ser codificado, comprendido, representado en la memoria a largo plazo y, posteriormente, utilizado, es decir, recordado.” (Mazzoni, 2010: 35). En otras palabras, lo que concentró la atención de unos y que fue desatendido por otros confluye a una memoria colectiva hecha de estas miradas particulares que contribuyen al mosaico mayor que, probablemente, nadie pueda completar ni logre una única visión panorámica o total. Agreguemos que cada imagen preferida –el fragmento seleccionado en el registro- deja un halo con el recuerdo de lo que está en el entorno del objeto que concentró la atención. En el proceso de memoria, esto sucede, agrega Mazzoni, porque “toda la capacidad de la atención está concentrada en un solo punto y no queda suficiente capacidad residual de atención para considerar el resto de las cosas” (Ibid: 34). Por ello –como lo han planteado Halbwachs, Ricoeur y otros-, la memoria colectiva se completa con los fragmentos que aporta cada memoria individual.

La vara que mide lo relevante o irrelevante, lo que es digno de mayor atención y lo que no, depende de la subjetividad de cada persona que está viviendo la experiencia, salvo la irrupción de un hecho imprevisto (el momento mismo del tsunami, la violencia desmesurada de la represión). En la selección y en la captura de fragmentos de la cotidianidad, en el tris de la opción que discrimina lo preferido de lo preterido, digamos que la atención es intención. Desde esa concentración intencionada nace el registro memorable de “lo visto” –y priorizado- que constituye propiamente un testimonio, un artefacto cultural, un hecho social. Pero no basta “lo visto”, aunque esté registrado; es necesario tener presente –escribe Giuliana Mazzoni- que “lo que uno ve, depende no solo de los elementos presentes en la escena, sino también de los conocimientos y convicciones precedentes. Y lo que uno ve constituye un amplio componente de lo que después se recuerda” (Ibid: 41). Al respecto consideremos que si bien el registro –colgado por ejemplo en YouTube- puede ser de una imagen inédita, en el proceso de titulación o descripción están contenidos los conocimientos precedentes: el descriptor es parte del mensaje. Lo que se recuerda no es simplemente el contenido de un acontecimiento al que asistimos, “sino la interpretación que se le ha asignado en el momento de la codificación. Cuando no es posible dar ninguna interpretación dotada de sentido es casi imposible el recuerdo”(Ibid: 44).

Para Michal Pollak entre los elementos constitutivos de la memoria, individual o colectiva, en primer lugar están los **acontecimientos** vividos personalmente. En segundo término agrega los acontecimientos “vividos indirectamente”; o sea, escribe Pollak, “acontecimientos vividos por el grupo o por la colectividad a la cual la persona se siente pertenecer. Son acontecimientos de los cuales la persona no siempre participó pero que, en el imaginario, tomaron tanto relieve que es casi imposible que ella pueda saber si participó o no. Si vamos más lejos, a esos acontecimientos vividos indirectamente se suman todos los eventos que no se sitúan dentro del espacio-tiempo de una persona o de un grupo. Es perfectamente posible que, por medio de la socialización política, o de la socialización histórica, ocurra un fenómeno de proyección o de identificación con determinado pasado, tan fuerte que podemos hablar de una memoria casi heredada” (Pollak, 2006: 35). Además de estos acontecimientos, la memoria está constituida por personas, personajes. Aquí también podemos aplicar el mismo esquema, hablar de personajes realmente encontrados en el transcurso de la vida, de personajes frecuentados indirectamente pero que, por así decirlo, se transformaron casi en conocidos, e incluso de personajes que no pertenecieron necesariamente al espacio-tiempo de la persona.

Aceptando con voluntad de aplicación los elementos constitutivos de la memoria propuestos por Pollak, podemos detectar el énfasis que late “desde la memoria” en los diversos registros, trascendentes, del terremoto-tsunami y las marchas estudiantiles, que están colgados en la red. En la recuperación está el sentido del registro. Recordar no consiste solo en llevar a la memoria lo que ha llegado a nuestros sentidos. “Un dato que está representado en la memoria y que no se utiliza nunca difícilmente puede ser llamado recuerdo. Para que un dato se convierta en recuerdo tiene que ser recuperado y utilizado para algún fin.” (Mazzoni, 2010: 54). Tomando, entonces, los elementos propuestos por Pollak, a los acontecimientos y personas/personajes, nos permitimos agregar lugares y objetos para rastrear los vestigios de memoria de la tragedia recurriendo a esos cuatro elementos, que se designan con palabras que funcionan como descriptores para direccionar la búsqueda en el ciberespacio.

Veamos: **terremoto Chile 2010** es el descriptor general, del acontecimiento vivido directa o indirectamente. En la búsqueda más específica al descriptor general se le pueden agregar palabras que pertenecen -en este caso- al mismo campo semántico: **saqueo** (acontecimiento), **Zafrada** (personaje), **Dichato** (lugar) y **bandera** (objeto). En el caso de “Marchas estudiantiles 2011” como descriptor general, se le pueden agregar palabras del mismo campo semántico como **marcha del 30 de junio** (acontecimiento), **Camila Vallejo-Giorgio Jackson-Camilo Ballesteros** (personajes), **Usach** (lugar) y **paraguas** (objeto).

En estos casos recurrimos a la memoria colectiva, a lo que ya vimos en su momento o que no vimos pero supimos de su trascendencia; es decir, a lo que ya conocemos en cierto sentido. Es una evocación ante el archivo virtual. Y el motor de búsqueda hace su tarea. Buscamos la imagen, pero a ella le antecede como una huella la palabra que está en el campo semántico que nos orienta. Agreguemos que el signo evocador puede ser una imagen, un artefacto cultural (re)producido y resignificado en el lugar; por ejemplo, la bandera rescatada del barro que se constituyó en un ícono memorable que desata su propia acumulación y flujo de memoria y relaciones que constituyen su imaginario patriótico y de unidad nacional; en el caso de la movilización estudiantil, “la marcha de los paraguas” aporta un ícono significativo que connota el espíritu de sacrificio y al mismo tiempo lúdico de los y las manifestantes. En virtud de esta acumulación, dicho acopio social de conocimiento es transmitido de generación en generación, recupera el contenido de la memoria dándole existencia al recuerdo y queda, finalmente, al alcance del individuo y la comunidad en la vida cotidiana como parte de una memoria propia. Así, la realidad de la vida cotidiana no se agota en el “aquí y ahora”, sino que abarca fenómenos que no están presentes en la realidad inmediata, como lo son los hechos de la memoria, que son objetivados a través del lenguaje y la formación de campos semánticos.

No obstante el resultado pro-memoria de los múltiples registros y el acopio disperso, el ánimo de la mencionada sociedad líquida podría representar una percepción tal de la sociedad que situaría “a contracorriente” la voluntad de registro y de memoria; esto, en el sentido de que el vértigo y la precariedad, la velocidad y la incertidumbre del presente, construyen individuos consumidores que viven centrados en el presente, en el hoy, no solo desestimando la experiencia de los antepasados sino también los legados eventuales para el futuro. Es una explicación posible a la inmediatez en la comunicación de las imágenes capturadas con espontaneidad y sin mayor programación. Tras esas imágenes, compartidas en cuanto se captan, ¿hay voluntad de registro con intención de memoria? Queda flotando la pregunta, pero igualmente quedan flotando en el océano virtual los artefactos culturales con la memoria de su registro.

Registro para reconstruir el pasado

La disolución de la frontera existente entre realidad e irrealidad que habría en el espacio virtual -o el descoloramiento de ese límite difuso- no es una situación extraña cuando se trata de ocuparnos de la memoria colectiva. Ya en los años veinte y treinta del siglo XX, Maurice Halbwachs había subrayado que la memoria debe ser entendida como un fenómeno construido colectivamente, que sufre cambios constantes y está sometido a fluctuaciones, y que son los grupos sociales quienes construyen los recuerdos: nuestros recuerdos son colectivos y nos son recordados por otros.

Siguiendo esta matriz Peter Burke plantea en su obra *Formas de Historia Cultural*: “Son los individuos los que recuerdan en sentido literal, físico, pero son los grupos sociales los que determinan lo que

es “memorable” y cómo será recordado. Los individuos se identifican con los acontecimientos públicos importantes para su grupo. “Recuerdan” muchas cosas que no han experimentado directamente. Una noticia, por ejemplo, puede convertirse en parte de la vida de alguien. De ahí que la memoria pueda describirse como la reconstrucción del pasado por parte de un grupo” (Burke, 2006: 66). En esa línea, cada registro compartido –con intencionalidad de memoria o no- concurre a ese encuentro de memorias en cuanto testimonio particular de un acontecimiento y en tanto huella, imagen o vestigio de la realidad que buscamos (re)construir mediante la memoria, entendida ésta como un fenómeno colectivo y social que se construye colectivamente. Esta perspectiva es comprensiva y considera no sólo la objetivación de la realidad en cuanto a los contenidos que le son inherentes, sino que directamente, además, incorpora los contenidos de la subjetividad, y en un nivel mayor, de la intersubjetividad, como elementos configuradores del acervo sociocultural compartido.

El registro en directo de un hecho y su publicación en el ciberespacio es un ejercicio de memoria individual, que es compartido y potenciado en el colectivo; irreflexivo quizá en el primer momento, pero queda a disposición de un análisis más sutil donde la memoria individual toma posesión de ella misma y – como diría Ricoeur- de la enseñanza recibida de los otros. La extensión de la memoria se vehiculiza en este caso por medio del espacio virtual; es acogida y replicada –compartida- en el mismo ciberespacio. En términos sociales, sin embargo, los recuerdos se potencian fortaleciendo el sentido de pertenencia a una comunidad donde la memoria es parte del patrimonio común –es individual y colectiva simultáneamente- y un elemento constitutivo del sentimiento de identidad. Para que nuestra memoria reciba la ayuda de la de los otros, plantea Maurice Halbwachs, “no basta con que éstos nos aporten sus testimonios: es necesario también que ella no haya dejado de coincidir con sus memorias y que existan bastantes puntos de contacto entre una y las otras para que el recuerdo que nos recuerdan pueda reconstruirse sobre una base común” (Halbwachs, 2005).

Así, la memoria heredada –pública o privada- pasa a formar parte del acervo sociocultural de los miembros de la comunidad. Digamos “comunidad de referencia” en relación al registro audiovisual, asumiendo que la persona que registra y comparte no necesariamente se siente parte de una comunidad única. En este marco, el testimonio particular puede jugar un rol intencionado orientado al registro eventualmente consultable en la construcción de memoria: un aporte individual desde una plataforma plural.

Es el caso del llamado “periodismo ciudadano” que, aprovechando las posibilidades tecnológicas, es una manifestación más de individuación que de individualismo, aislamiento o de arranque egoísta. Trascendiendo la soledad, en lugar de excluir al mundo lo incluye, orientando su quehacer –de factura generalmente amateur- hacia el beneficio social de informar y compartir sus imágenes en la “internet ciudadana”.¹⁶ Capta en solitario fragmentos de la realidad de su entorno y se relaciona con el resto compartiendo su registro. Su separación de la colectividad no es total y se manifiesta, según Victoria Uranga, “de distintas formas, tan diversas como la sociedad civil que lo nutre” (Uranga, 2010). Rompe, con su “despacho periodístico”, el aislamiento y concurre con su recuerdo a la memoria colectiva. Es un “náufrago conectado” y en cierto sentido anónimo. El testimonio, el registro, lanzado al océano no es de un autor prominente; no es una obra propiamente “de autor”; la exclusividad, el privilegio se pierde o se extiende en un archipiélago de islas diversas que son, a fin de cuentas, comunidades distintas que otorgan un sentimiento de pertenencia múltiple: una conciencia de “universalismo” que, en palabras de Touraine, “es la base de nuestra conciencia de individualidad” (Touraine, 2005: 271).

Patrimonio digital

La colaboración individual –esporádica, espontánea, aficionada- es recogida en la red del **ciberperiodismo**, que cumple una labor mediadora al ocuparse de conocer, archivar y encontrar las imágenes que produce la sociedad para –a su vez- compartirlas nuevamente. En esa acción son resignificadas, sea porque cambia el descriptor o el soporte de difusión o se le agregan comentarios. Son las imágenes de acontecimientos vividos indirectamente destinados a instalarse en la memoria. Más aún, sin detenernos en la recordación de registros específicos, el mismo fenómeno de la cobertura utilizando las TICs ha sido memorable y aleccionadora.

Así, al otro día del terremoto-tsunami de Chile, la página www.periodismociudadano.com publica la nota de Jacinto Lajas “La experiencia de Haití acelera la respuesta en la Red ante el terremoto de Chile”: “En el caso de Haití –informa- las redes y medios sociales comenzaron pronto a operar como herramientas para la información y la solidaridad, y esa experiencia, aún reciente, ha servido ahora para que la respuesta en la Red ante la catástrofe de Chile haya sido aún más inmediata”. La nota especializada agrega que “Global Voices se ha hecho eco de la catástrofe, recopilando vídeos publicados en la Red por ciudadanos que vivieron el seísmo. Las redes sociales, como suele ser ya habitual en estos casos, se activaron igualmente con premura. La página Terremoto Chile en Facebook colabora en las tareas de búsqueda y contacto entre personas. Una labor en la que también participa la cuenta de Twitter @ayudachile.”¹⁷ Esto el 28 de febrero, el día después. Ese momento corresponde a la emergencia, a la reacción inmediata. Luego, los medios locales alimentaron con sus notas e imágenes a la prensa establecida, local, nacional y mundial de lo que estaba sucediendo. “Nuestros reporteros gráficos alimentaron así a: lun.com, diariodeconcepcion.cl, cronica.cl, elsur.cl, latercera.com, radiobiobio.cl, entre otras” (Weitzel: 2011: 168). Ahora ese material es memoria consultable, fuente de información.

Una extensión inédita –sin la urgencia ni el dramatismo de la tragedia natural- tuvo por su lado el movimiento estudiantil, el que horizontaliza sus comunicaciones utilizando las redes sociales y compartiendo sus despachos “en vivo y en directo”; teniendo, entre otras repercusiones réplicas internacionales no solo de la información sino del movimiento mismo, siendo un ejemplo las movilizaciones en Colombia y la (auto)convocatoria a una movilización masiva y simultánea –Marcha por la Educación en América Latina, del 24 de noviembre-, que se realizó en varios países de la región, además de España, Francia y Alemania, con el mismo fin de pedir mejoras en los sistemas de educación. En la conexión global, en que estas movilizaciones se suman a las de otros “indignados” de diversas partes del mundo, es ilustrativo que “el manifestante” (“*the protester*”) haya ocupado la portada de la revista *Time* como el personaje del año 2011. Al respecto, el diario *El País* –del 15 de diciembre de 2011- destacó que “este fenómeno de protesta global comparte sus principales instrumentos de movilización –los nuevos medios de comunicación y redes sociales- y ciertas características organizativas”.

En tanto, como es deseable, en la medida que el acceso a la información y al conocimiento se universalice, ese universo será un “lugar de memoria”, un depósito patrimonial, que debería estar disponible para futuras generaciones de investigadores/as. Para esos efectos, desde la cultura digital ha surgido la capacidad de ir creando nuevos instrumentos de almacenaje y consulta. La “antología” como forma de almanaque virtual, ayuda-memoria, revisable, consultable; en suma: una fuente válida, legítima, a la cual recurrir. Un buen ejemplo de ello es el elenco de los hitos más relevantes del año que publica <http://www.periodismociudadano.com/> o la reciente selección a propósito del quinto aniversario de iReport, el canal mediante el cual CNN recopila información nutriéndose con el periodismo ciudadano. Como parte de la celebración el canal creó iReport de CNN ‘Top Five’, con una selección de las colaboraciones y reportajes que estimaron son los mejores recibidos en estos cinco años.

En el caso del terremoto-tsunami y las movilizaciones estudiantiles, los registros en YouTube constituyen recuerdos tangibles e intangibles a la vez: artefactos culturales que tienen destinos evocadores. Cada video es un lugar de memoria. Los primeros recuerdos evocados tal vez son aquellos que están presentes por ausencia; aquellos que están vinculados a la emergencia y al duelo, al momento de la pérdida irrecuperable: además de las personas víctimas de la tragedia (familiares, vecinos), están la casa destruida, como un lugar de memoria al cual no se podrá regresar materialmente. Las cosas perdidas, entre ellas recuerdos entrañables de valor simbólico. Objetos registrados al pasar en el reportaje, que tienen distinto valor para espectadores diversos. Otro recuerdo –que pierde su materialidad, pero no su presencia- es el que se intenta dejar en un lugar o conservar como un detalle representativo de una experiencia mayor: una lancha que el tsunami dejó en la plaza del pueblo, aunque la hayan sacado de ese lugar, quedó en la memoria. Y quedó en un registro –YouTube- donde puede ser consultado, pero esa calidad patrimonial es frágil: no depende de las comunidades garantizar la permanencia de esos recuerdos en el archivo virtual,¹⁸ en cuanto patrimonio digital de la humanidad. Y como los vestigios de la tragedia también está el carnaval de los estudiantes, los carros lanza-agua y los carabineros, los encapuchados haciendo saqueos, los carteles con caricaturas de las autoridades. Cada registro tiene su lectura actual y es insumo para las interpretaciones de la posteridad.

Al respecto, la comunidad internacional –a través de la UNESCO- reconoce que “los recursos de información y expresión creativa se elaboran, distribuyen, utilizan y conservan cada vez más en forma electrónica, y que ello da lugar a un nuevo tipo de legado: el patrimonio digital”, que la misma institución lo entiende como “un conjunto de objetos, creados gracias a una digitalización de documentos analógicos, que tienen un valor perdurable para una comunidad y que precisan de un sistema informático para ser reproducidos y consultados, y además están también compuestos por información textual, icónica o sonora, entre otros” (UNESCO, 2003). Por otro lado, advierte que este patrimonio digital, no obstante tener un valor perdurable, “se encuentra en peligro de desaparición, y que su preservación en beneficio de las generaciones actuales y futuras es una preocupación urgente en el mundo entero” (Ibid). Llega así una responsabilidad mayúscula al asumir que el registro individual –de un navegante o náufrago, de un ciudadano solitario u organizado, de un periodista profesional o amateur- deviene finalmente un patrimonio de interés universal.

Fuente de memoria histórica

Pierre Nora afirma que “la memoria se enraiza en lo concreto, el espacio, el gesto, la imagen y el objeto” (Nora, 2009). Conteste con dicha reflexión, los registros audiovisuales son productos culturales –o artefactos- realizados *in situ*, significativos en sí mismos (en el hecho de su producción, en el contenido literal que comunicaban y en sus lecturas pertinentes) y como elementos de la construcción social del imaginario de la tragedia o la protesta. Contienen un relato. “Cuentan”, en una particular situación hermenéutica, las condiciones que vivenciadas tanto por el colectivo de víctimas de la tragedia y el comportamiento de la naturaleza, como por los estudiantes y la sociedad movilizadas por la Educación. Son vestigios consultables, que se pueden decodificar: artefactos o productos culturales, que llamamos así entendiendo la cultura -recurriendo a Clifford Geertz- como una trama: “la urdimbre de significaciones atendiendo a las cuales los seres humanos interpretan su experiencia y orientan su acción” (Geertz, 1992: 133). En esta acción plural, que es la sociedad, un modesto artefacto cultural, el registro intencionado o casual, puede contribuir a la reconstrucción de un acontecimiento complejo sobre el cual la comunidad tenga –en el futuro- requerimientos de memoria.

En efecto, la memoria, con sus distintos pliegues y la coexistencia plural de una diversidad de recuerdos, está expuesta al requerimiento social y a la reivindicación individual o grupal. Ambas exigencias reclaman visibilidad y audiencia, trascender, incluyendo lo que Taylor llama “el principio de originalidad: cada una de nuestras voces tiene algo propio que decir” (Taylor, 1994: 65). El testigo, que registra y cuenta, es depositario “único” de una verdad cuya experiencia no es delegable. Hay una mirada singular, original. Intuitiva o reflexivamente, la persona que registra y comparte contribuye –intencionadamente o no- a una misión ancestral que Todorov sintetiza en *Frente al límite*: “Hablando de uno mismo se contribuye a establecer la verdad del mundo. En el interior de una familia debe sobrevivir al menos un miembro: no para que perpetúe su identidad biológica, sino para que no toda la familia desaparezca sin dejar traza. Hay que mantenerse en vida no por la vida misma sino en tanto que soporte de la memoria, en tanto que relato posible” (Todorov, 2004: 102). Aunque en la “sociedad líquida” ya mencionada el habitante centrado en el presente no esté motivado por una voluntad de valorar pasado ni futuro, igualmente deja sus huellas: quedan igualmente como registros; en este caso, en cuanto artefactos culturales y patrimonio; residuos que otros podrán observar con serenidad como descubriendo fósiles digitales en el fondo del mar seco: las imágenes tomadas a destajo, día tras día, son tantas que difícilmente hay tiempo para clasificaciones cuidadosas. Se agregan permanentemente nuevas y se acumulan sin el esmero –y el ahorro- que se tenía cuando los rollos de película eran limitados.

Ante el requerimiento de memoria, y reconociendo la calidad de fuente que tiene el registro audiovisual compartido, es posible reconstruir el imaginario de la cotidianidad de la nueva normalidad que significó el terremoto-tsunami o las marchas estudiantiles a partir de los datos, vestigios, anécdotas y ensoñaciones que proporciona la memoria plural a la que contribuyen los registros compartidos en el ciberespacio. Al igual que los textos o los testimonios orales –escribe Peter Burke- “las imágenes son una forma importante de documento histórico. Reflejan un testimonio ocular” (Burke, 2006:17). Al respecto, en el registro de la tragedia no podemos olvidar que las personas que registran las imágenes inmediatas son literalmente testigos oculares que generan socialmente un imaginario del evento natural o social desde la identidad de quienes vivieron esa experiencia. Con el término imaginario nos estamos refiriendo “a un

mundo, una cultura y una inteligencia visual que se presentan como un conjunto de íconos físicos o virtuales, se difunden a través de una diversidad de medios e interactúan con las representaciones mentales” (Rojas, 2006: 18). Estos recuerdos dispersos son documentación pública en diferentes grados, susceptible de tener una lectura comprensiva. En el caso de los registros en referencia, por su materialidad sui generis, su intención narrativa y expresión audiovisual, estos documentos constituyen un aporte a la iconografía del imaginario de la tragedia y la solidaridad, del carnaval y la política (y del mismo “momento tecnológico” que permitió el registro), representaciones visuales que se constituyen como fuentes pertinentes de memoria. También, si atendemos a la advertencia de Peter Burke, las imágenes son motivo de interpretaciones no siempre pertinentes: “son testigos mudos y resulta difícil traducir a palabras el testimonio que nos ofrecen. Pueden haber tenido por objeto comunicar su propio mensaje, pero no es raro que los historiadores hagan caso omiso de él para ‘leer entre líneas’ las imágenes e interpretar cosas que el artista no sabía que estaba diciendo” (Burke, 2006: 18); ahora, más allá de la intencionalidad artística o periodística que pueda tener el registro, o de su calidad estética, toda imagen es un testimonio histórico útil en el momento de reconstrucción del pasado.

Volviendo a nuestros círculos concéntricos, la validez como fuente de memoria y documentación histórica de las imágenes registradas y compartidas por los internautas en el ciberespacio, se extiende desde el naufrago solitario que captura su entorno hasta las Naciones Unidas que se preocupan por el patrimonio digital que enriquece el patrimonio cultural, pasando por las iniciativas de los estados que promueven el acceso universal al ciberespacio y una plataforma de Internet abierta¹⁹ con las oportunidades de creación e intercambio de conocimientos que brinda. Los círculos se diluyen en este océano habitado por islas de diversas magnitudes; un mundo que, en el decir de Bauman, crecientemente «se está transformando en un mosaico de diásporas, en un archipiélago de culturas»²⁰.

Notas

¹ Paradójicamente la palabra Dichato, de origen mapuche, significa «abundancia de dichas» refiriéndose a la dicha como un tipo de hierbas con frutos punzantes; pero también, las dichas son mensajes divinos y felicidades.

² Ver video en: <http://www.youtube.com/watch?v=6hE1BZ7CTqE&feature=related>

³ Según el proyecto, “permite a las fuerzas de Orden y Seguridad, consignar la existencia y ubicación de fotografías, filmaciones, grabaciones y, en general, toda reproducción de imágenes, voces o sonidos que se hayan tomado, captado o registrado y que sean conducentes para esclarecer los hechos que constituyan o puedan constituir delito y obtener su entrega voluntaria o una copia de las mismas”. En: Jorge Montealegre: “Alguien te mira”, en *Punto Final* N°752, edición del 2 al 15 de marzo de 2012.

⁴ El modelo Cooper (Dyna TAC 8000x) es el primero que se comercializa en el mercado. Un hito nacional en la masificación del teléfono móvil es la publicidad que populariza al personaje “Faúndez”, de 1998, que instala una representación del “trabajador modernizado” que rompe la imagen de exclusividad de la modernización como privilegio de una elite. El spot en: <http://www.youtube.com/watch?v=X8b6hN-kVIY>

⁵ Más aún, el teléfono celular como objeto es un lugar de memoria cuyos registros sobreviven a quienes graban las imágenes. Así, por ejemplo, hay registros del terremoto-tsunami en Dichato encontrados en celulares perdidos, de damnificados o personas que en la huida perdieron su móvil. En este caso el testigo o sobreviviente es el aparato mismo con sus imágenes grabadas y no la persona que con ese teléfono hizo el registro. Véase “La última grabación [sic] que se encontraba en un celular!!!”: <http://www.youtube.com/watch?v=C89Mj20IdI4&NR=1>

⁶ La “primera pantalla” sería el cine; la segunda, la televisión; la tercera, el ordenador o computador. Al respecto, véase: David Parra Valcarce: “Ciberperiodismo Móvil: El Peso Específico de La Cuarta Pantalla en El Panorama Informativo Internacional”. Revista RE- Presentaciones. Periodismo, Comunicación y Sociedad. Escuela de Periodismo Universidad de Santiago. Año 2, Número 4 / enero – junio 2008, 73-91.

⁷ Ante la pregunta “¿Tienes celular?” el 98% de los estudiantes consultados en el año 2011 respondió afirmativamente. Antes, el 2010 tenía el 96% y el 2009 el 93% tenía celular. Encuesta Mori “Barómetro de la Educación Superior”, realizada entre el 16 de agosto y el 30 de septiembre de 2011, aplicada a 1200 estudiantes de 3° a 4° medio, residentes en zonas urbanas de Arica a Punta Arenas.

⁸ Videos de tsunami en Dichato: <http://www.youtube.com/watch?v=JJ8W9gHWNvQ&NR=1> <http://www.youtube.com/watch?v=k90s329eLzM&NR=1>

⁹ Ver video en: <http://co105w.col105.mail.live.com/default.aspx#n=1572758830&st=from%3A%20director%20editorial&mid=52a052c7-a401-11e0-bc83-00215ad6db42>

¹⁰ Un indicador ilustrativo puede ser la Segunda Encuesta Nacional de Participación y Consumo Cultural 2009. En ella los “consumidores tecnológicos”, es un 28%; de ellos más del 50% corresponde a los segmentos ABC1 y C2; la edad de este grupo se concentra entre los 17 y los 34 años. La ENPCC fue elaborada por el Centro de Investigaciones Socioculturales de la Universidad Alberto Hurtado. Sobre esto, véase: María Inés Silva: “Breve y revuelta historia del espacio de los públicos en Chile”. En: *Políticas Culturales: Contingencias y Desafíos*. OPC – Observatorio de Políticas Culturales, Número 1, mayo 2011, Santiago de Chile, 25-38.

¹¹ Sin embargo, valga anotar que en la cambiante realidad este interés o compromiso se manifiesta con diversos énfasis en los distintos gobiernos. Refiriéndose al proyecto de ley de Presupuesto para el año 2012, Enzo Abaglatti afirma con decepción que “el país se quedó sin Estrategia Digital. Si, el Programa 070106 del Ministerio de Economía, Fomento y Turismo (“Fortalecimiento de la Estrategia Digital de Chile”) y que entregaba recursos a la Secretaría Ejecutiva de la Estrategia Digital, fue eliminado”.

En: <http://www.elquintopoder.cl/fdd/web/tecnologia/opinion/-/blogs/chile-un-pais-sin-estrategia-digital>, consultada el 7 de octubre de 2011.

¹² Zygmunt Bauman, presentó su ensayo *Cultura en el líquido mundo moderno*, en el reciente Congreso Europeo de Cultura realizado en Wrocław, Polonia, septiembre de 2011.

¹³ Las empresas mediáticas en internet –según Ramonet- “pretenden realizar todas las actividades pertenecientes a tres grandes esferas –la cultura de masas, la comunicación y la información- que hasta el momento eran autónomas [...] Estas tres esferas, antes bien diferenciadas, se han ido fusionando poco a poco hasta constituir una única esfera ciclópea...” (Ramonet, 2011: 48). Recurriendo a la imagen mitológica, sabemos que originalmente lo ciclópeo es gigante, monstruoso y concentra todo en una sola mirada.

¹⁴ En su *Glosario conceptual básico*, del informe del año 2006, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), define el tejido social como “el conjunto de redes personales, categoriales, estructurales, formales y funcionales, de iniciativas o asociativas y mixtas o inter sistémicas, que constituyen un activo para los individuos y la sociedad pues les permite ampliar sus opciones y oportunidades para mejorar su calidad de vida. La sociedad existe como tejido social de sus ciudadanos y ciudadanas; a mayor tejido social, más sociedad. El deterioro, debilitamiento o rompimiento del tejido social significa el aislamiento del individuo de la sociedad debido a la pérdida de sus principales redes sociales y de valores como la confianza y la solidaridad”. www.undp.un.hn/PDF/informes/2006/glosario.pdf El subrayado es mío.

¹⁵ Entre las estafas que se cometen utilizando la red está la técnica llamada *fishing* o “pesca”, con la cual el estafador obtiene información financiera y contraseñas de usuarios mediante engaños.

¹⁶ Rubén Araya define el concepto *internet ciudadana*, en términos genéricos, como “el conjunto de usos y apropiaciones sociales de la Internet orientados a intervenir en los asuntos públicos de las sociedades, tanto a nivel local como nacional, regional y global”. En: Rubén Araya Tagle: “Comunidades y portales ciudadanos: ¿para qué? Reflexiones desde una visión social sobre Internet”. En: http://redistic.org/brecha/es/17_-_Rub%E9n_Araya.html Red ISTIC (Red Sobre el Impacto Social de las TIC). Visitada el 13 de agosto de 2011.

¹⁷ <http://www.periodismociudadano.com/2010/02/28/la-experiencia-de-haiti-acelera-la-respuesta-en-la-red-ante-el-terremoto-de-chile/>

¹⁸ “Dada su naturaleza descentralizada, internet no está controlada por ningún organismo de Estado ni empresa. Pero contrariamente a una idea muy difundida, la red no es una “jungla” absolutamente libre en todos sus niveles, muchos organismos ejercen o pueden ejercer control o censura sobre las informaciones que en ella circulan. Las estructuras básicas de Internet están bajo el control del ICANN, la corporación de Internet que asigna nombres y números. Se trata de un organismo con un estatuto muy particular, porque se trata de una sociedad sin fines de lucro, sometida al derecho californiano. Se halla conformado por muchas comisiones que administran aspectos estructurales, el ICANN se ocupa especialmente de los nombres de los dominios o del funcionamiento de las direcciones IP (Protocolo de Internet) las “direcciones” de las máquinas y de los sitios en la red. [...] El poder del ICANN es fundamental, puesto que la organización puede suspender íntegramente los nombres de los dominios como lo hizo con el .iq iraquí o con el dominio afgano”. En: “¿Quién controla a Internet?” LEMONDE.FR 01.09.11 - Damien Leloup – Traducción Susana Merino

¹⁹ Al respecto, véase: Ana María Foxley: “Desafíos vigentes”. En: *Los desafíos para construir ciudadanía. Medios de comunicación como plataforma de diálogo*. Seminario. Claudia Lagos (editora). Universidad de Chile, 2010, 23-25.

²⁰ Congreso Europeo de Cultura realizado en Wrocław, Polonia, septiembre de 2011.

Bibliografía

Araya Tagle, Rubén: “Comunidades y portales ciudadanos: ¿para qué? Reflexiones desde una visión social sobre Internet”. En: http://redistic.org/brecha/es/17_-_Rub%E9n_Araya.html Red ISTIC (Red Sobre el Impacto Social de las TIC).

Bauman, Zygmunt (2007), *Vida líquida*. Paidós, Buenos Aires.

Ídem (2007), *La sociedad sitiada*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Ídem (2008), *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Tusquets Buenos Aires.

- Berger, P. y Luckmann, T. (1991), *La Construcción Social de la Realidad*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Burke, Peter (2006), *Formas de la historia cultural*. Alianza Editorial, España.
- Castells, Manuel y otros (2006), *La nueva comunicación*. Selección de artículos de Le Monde Diplomatique. Editorial Aun creemos en los sueños, Santiago de Chile.
- Dennett, Daniel C. (1991), *La actitud intencional*. Gedisa, Barcelona.
- Eco, Umberto, y Jean-Claude Carrière (2010), *Nadie acabará con los libros*. Lumen, Barcelona.
- Foxley, Ana María (2010), “Desafíos vigentes”. En: *Los desafíos para construir ciudadanía. Medios de comunicación como plataforma de diálogo. Seminario*. Claudia Lagos (editora). Universidad de Chile, 2010, 23-25, Santiago de Chile.
- Geertz, Clifford (1992), *La Interpretación de las Culturas*. Gedisa, México.
- Gombrich, E. H. (2003), *Los usos de las imágenes. Estudios sobre la función social del arte y la comunicación visual*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Halbwachs, Maurice; Baeza, Manuel; Mujica, Michel (2004), *Los marcos sociales de la memoria*. Anthropos, España.
- Halbwachs, Maurice (2005), “Memoria individual y memoria colectiva”. *Estudios* N°16. Capítulo 2 de *La mémoire collective*, de Maurice Halbwachs. Traducción de Pablo Gianera. Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, otoño, Córdoba, Argentina.
- Hilbert, Martin; Experto, Sebastián Bustos, Consultor y João Carlos Ferraz (2005), *Estrategias nacionales para la sociedad de la información en América Latina y el Caribe*. División Desarrollo Productivo y Empresarial, Cepal, marzo de 2005, Santiago de Chile.
- Hopenhayn, Martín (2011), “Juventud y cohesión social: una ecuación que no cuadra”. En: Martín Hopenhayn y Ana Sojo (compiladores), *Sentido de pertenencia en sociedades fragmentadas. América latina desde una perspectiva global*. Siglo XXI y Cepal, 2011, p. 284, Buenos Aires.
- Lechner, Norbert; (1988), *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. FLACSO, Santiago de Chile.
- Lechner, Norbert; y Pedro Güell, Pedro (1998), “Construcción social de las memorias en la transición chilena”. Ponencia presentada al taller del Social Science Research Council: *Memorias colectivas de la represión en el Cono Sur*, Montevideo, 15/16 de noviembre 1998.
- Mazzoni, Giuliana (2010), *¿Se puede creer a un testigo? El testimonio y las trampas de la memoria*. Trotta, Madrid.
- Nora, Pierre (2009), *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*. Lom Ediciones y Trilce, Santiago de Chile.
- Parra Valcarce, David: “Ciberperiodismo Móvil: El Peso Específico de La Cuarta Pantalla en El Panorama Informativo Internacional”. Revista *RE-Presentaciones. Periodismo, Comunicación y Sociedad*. Escuela de Periodismo Universidad de Santiago. Año 2, Número 4 / enero – junio 2008, 73-91, Santiago de Chile.
- Pollak, Michael (2006), *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Introducción de Ludmila da Silva Catela. Al Margen, La Plata.
- Prensky, Marc (2010), “Nativos e Inmigrantes Digitales”. Distribuidora Sek, Santiago de Chile.
- Ramonet, Ignacio (2011), *La explosión del periodismo. Internet pone en jaque a los medios tradicionales*. Capital Intelectual, Buenos Aires.
- Ricoeur, Paul (1983), *Texto, testimonio y narración*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

Ídem (1995), *El sí mismo como un otro*. Fondo de Cultura Económica, México.

Rojas Mix, Miguel (2006), *El imaginario. Civilización y cultura del siglo XXI*. Prometeo, Buenos Aires.

Salaverría, Ramón, “Diez años de cibermedios”, en: *Cibermedios. El impacto de internet en los medios de comunicación en España*. Ramón Salaverría (coordinador) Comunicación Social Ediciones y Publicaciones, Sevilla.

Silva, María Inés, “Breve y revuelta historia del espacio de los públicos en Chile”. En: *Políticas Culturales: Contingencias y Desafíos*. OPC – Observatorio de Políticas Culturales, Número 1, mayo 2011, Santiago de Chile, 25-38.

Taylor, Charles (1994), *La ética de la autenticidad*. Paidós, Barcelona.

Todorov, Tzvetan (2000), *Los Abusos de la memoria*. Paidós, Barcelona.

Ídem (2004), *Frente al límite*. Siglo XXI, México.

Touraine, Alain, “Individualidad y globalización”, en *Conferencias Presidenciales de Humanidades*, Presidencia de la República, Chile: 2005, Santiago de Chile.

UNESCO, *Directrices para la preservación del patrimonio digital*. UNESCO, 2003.

UNESCO: *Carta sobre la preservación del patrimonio digital*. UNESCO, 2003.

Uranga Harboe, Victoria (2010), “Periodismo ciudadano y nuevos espacios de co-construcción”. En: *Los desafíos para construir ciudadanía. Medios de comunicación como plataforma de diálogo. Seminario*. Claudia Lagos (editora). Universidad de Chile, 2010, 49-54. Santiago de Chile.

Weitzel, Ruby (2011), *Dichato. Lo que dejó el mar*. Forja, Santiago de Chile.

* * *

Recibido: 07.11.2011

Aceptado: 21.03.2012